BIBLIOTECA DRAMATICA

DE LA LUNETA.

OBRAS ESCOGIDAS.

4 S.



MADRID.

Imprenta de LA LUNETA, calle del Molino de viento, núm. 35.
1847.

3/

LAS CAMARISTAS DE LA REINA.

COMEDIA EN UN ACTO

TRADUCIDA DEL FRANCES,

POR D. FRANCISCO DE PAULA MONTEMAR.



MADRID, 1847.

Imprenta de LA LUNETA, calle del Molino de Viento, número 33.

PERSONAS.

EL REY LUIS XIV.
EL CONDE DE MONTEFIASCO.
LA REINA.
LA DUQUESA.

AMELIA.	Camaristas.
CLEMENTINA.	
ANTONIETA	
MARGARITA	
ELOISA.	
BRIENNE.	Cortesanos.
BLANC.	
SAUCOUST	
CAVVIS	

La escena pasa en el palacio de Fontainebleau.

ACTO UNICO.

El teatro representa un salon del palacio de Fontainebleau: en primer término á la izquierda del espectador, una chimenea gótica bastante alta: enfrente una puerta pequeña que conduce á las habitaciones de la Reina: puertas laterales en segundo término. En el fondo la entrada principal: dos balcones al foro.

ESCENA I.

Eloisa. Antonieta. *y* Clementina, *al levantarse el telon están sentadas y ocupadas en su labor*: *Margarita está leyendo.*

Margarita. ¡Cómo, Antonieta, no has concluido todavía tu labor?

Antonieta. Sí, estoy acabando.

Margarita. Clementina y yo concluimos ayer nuestro trage y nos sienta muy bien. Van á llamar la atencion.

Eloisa. Yo creo que nos divertiremos mucho.

Clementina. Pues yo creo que no: me parece que ha sido un disparate abandonar los encantadores jardines de Versalles por el palacio de Fontaireblean.

Margarita. No, Clementina, no debes quejarte: desde que hemos llegado, no han cesado las fiestas, y gracias á la escesiva galantería de nuestro jóven Rey Luis XIV, nosotras siempre asistimos.

Antonieta. A propósito de fiestas: mira que en el baile de máscaras de esta noche es preciso dar una broma, tanto á S. M. como á los jóvenes calaveras que le acompañan.

Margarita. Eso seria jugar con el fuego; á pesar de nuestros vestidos de pages pudieran conocernos facilmente, y ya sabes que son damasiado atrevidos.

Antonieta. Oh! no es posible!... somos camaristas de la Reina, y esta consideracion les obligará á ser mas atentos con nosotras.

MARGARITA. ¡Linda consideracion por mi vida! Pregunta á nuestra amiga Amelia, y ella te dirá si el ser camarista de la Reina ha impedido que nuestro jóven Monarca la persiga: y seria muy sensible que esa pasion fuera causa de ciertas hablillas que pudieran lastimar su buena reputacion.

ELOISA. Y pudiera suceder así, porque nuestra Directora Madama Betancourt, está deseando cogernos en un renuncio.

ANTONIETA. Maldida vieja!

TODAS. Maldita!

ANTONIETA. Silencio! oigo pasos... ella es sin duda.

ESCENA II.

DICHAS. AMELIA.

AMELIA. ¡Cómo, amigas mias, estais asi con tanta tranquilidad? ¿No sabeis lo que pasa?

ELOISA. Habla tu.

TODAS. Sí, sí, dinos...

AMELIA. A todas las puertas que comunican con nuestro departamento se les han puesto grandes cerrojos... y ademas se han cambiado las cerraduras.

TODAS. De veras?

AMELIA. Y sabeis á quién debemos esta reclusion?

ELOISA. Al Cardenal Mazarino, sin duda.

AMELIA. No, á nuestra querida Directora: yo creo que nosotras no debemos tolerar semejante injusticia.

TODAS. No, jamás.

AMELIA. Es preciso vengarnos.

TODAS. Si, si: vengarnos.

ANTONIETA. Pero qué medio?...

AMELIA. Os habeis olvidado de la venganza que teniamos preparada hace dias? No recordais que para hacer fracasar la ridícula virtud de nuestra Directora, hemos fingido una correspondencia amorosa entre ella y el encargado de negocios de Nápoles?

ANTONIETA. El Conde de Montefiasco!

AMELIA. El mismo: ese viejo gordo y feo que hace muy poco tiempo llegó á la córte de Francia: pues bien, continuemos fingiendo la correspondencia entre él y la buena Directora que nada sospecha. Muy al contrario, cree que el Conde es á verdaderamente enamorado, y yo misma le he visto bajar silenciosamente

al jardin y coger las cartas que nosotras habiamos colocado de antemano.

Antonieta. Qué lástima que no haya contestado á ninguna!

Amelia. No importa: ya la comprometeremos. Esta mañana he puesto un billete en el sitio de costumbre y le doy una cita en su misma habitacion.

Antonieta. ¡En su misma habitacion! Estás loca! Eso es demasiada temeridad.

Antonieta. Pero el Conde no sabe nada...

Amelia. Ya lo sabrá: yo misma me encargo de que venga... Todo (*con misterio.*) está preparado... ya le tengo oculto en eso armario y espera solamente la ocasion oportuna para salir.

Todas. Cómo!

Amelia. Tranquilizaos... Ya os acordais que dias pasados manifesté á la Directora, que de muy buena gana continuaria en mi distraccion favorita, que es la pintura. Inmediatamente me trajeron los útiles necesarios; un caballete, un maniquí, caja de colores, pinceles; todo está á mi disposicion.

Antonieta. Efectivamente.

Amelia. Pues bien: á nada he tocado.... Solamente el maniquí... Mirad. (*Abre un armario ó alacena que estará embutida en la tapia, donde habrá un maniquí vestido como el conde.*)

Todas. Já! já! qué caricatura!

Amelia. El Conde de Montefiasco en persona: ahí le teneis.

Antonieta. Cómo se parece! tan feo como el Conde.

Eloisa. Y será fácil que la Duquesa se engañe?

Amelia. Pues no ha de ser? Y de noche mucho mas.

Eloisa. Yo creo que entre un Embajador y un maniquí hay alguna diferencia.

Amelia. No, hija mia, no tanta como tu crees.

Antonieta. La Duquesa viene.

Todas. Sí?... (*se dirigen á la puerta del fondo.*)

Amelia. Y trae una carta en la mano. Esa es la mia... Valor! (*cerrando la puerta del armario.*)

ESCENA III.

Dichas. *La* Duquesa *entra concluyendo de leer una carta.*

Duquesa. «Os advierto que por muy grandes que sean los obstáculos que me impidan llegar hasta vos»... Dios mio! qué he

leido? Qué imprudencia!... (*ve á las camaristas y cierra la carta.*) Cielos!... Señoritas!...

Eloisa. Señora Duquesa, que teneis?... estais conmovida.

Duquesa. No, no tengo nada.

Eloisa. Como habeis ocultado un papel, por eso presumiamos que esa era tal vez la causa de vuestro sobresalto.

Duquesa. Un papel!... Señoritas, esa es demasiada curiosidad... y ya que os atreveis á interrogarme, yo tambien quiero hacerlo, y con mas derecho. Por qué no os habeis retirado á vuestros respectivos dormitorios?

Amelia. Teniamos precision de hablar á la señora Duquesa.

Duquesa. Era á mi á quien esperabais?

Amelia. Ciertamente. Deseamos saber el motivo de esa reclusion con que estamos amenazadas.

Duquesa. Ola! con que estais instruidas?... Pues bien, eso significa que es preciso poner á cubierto vuestro nombre de los peligros y seducciones de la córte. Las habitaciones de las camaristas de la Reina, deben ser un lugar sagrado, y en lo sucesivo ningun caballero, sea quien sea, podrá llegar hasta aqui.

Antonieta. Yo creo que el Marqués de La Vendée tendrá entrada.

Eloisa. Y Federico D'Harville.

Antonieta. Y Ricardo Amaud.

Duquesa. Nadie, absolutamente nadie: y precisamente son esos caballeros los que han dado lugar á la prohibicion.

Eloisa. Y qué motivo?

Duquesa. Voy á decir la causa. Hace dos noches que despues de una brillante orgía, á la cual asistia S. M., esos jóvenes calaveras, demasiado acalorados con los vapores del Champagne, han proferido algunas frases indecorosas al hablar de las camaristas de la Reina.

Todas. Cómo!

Amelia. Puedo aseguraros que no hemos dado el menor motivo para que nos traten de ese modo.

Duquesa. Razon mas para que su conducta sea todavía mas criminal. Todos decian que esa modestia y el decoro que siempre habeis manifestado, eran aparentes, y que si ellos se empeñaban, pronto lo harian ver.

Todas. Insolentes!

Duquesa. Entonces, acordaron todos poner á prueba vuestros sentimientos y vuestras virtudes, para lo cual convinieron en in-

troducirse furtivamente y á media noche en este aposento.

ELOISA. Eso es indigno de caballeros!

TODAS. Sí, sí.

AMELIA. Juremos todas, ahora mismo, no dirigirles la palabra en el baile de esta noche.

DUQUESA. Poco á poco: ese medio es inútil, porque esta noche no asistireis al baile.

TODAS. Cómo!

AMELIA. Y no nos presentamos de servicio al lado de la Reina?

DUQUESA. La Reina está indispuesta y no asistirá al baile tampoco. La condesa de Lefevre, su primera camarista, me lo ha dicho.

AMELIA. Esto es atroz, no poder una vengarse de esos charlatanes!

ELOISA. Cuando se nos presentaba una ocasion tan oportuna!

DUQUESA. Bien, Señoritas, bien: esa noble indignacion me lisonjéa en estremo, porque dá á entender que seguís fielmente mis consejos... (*Se oyen dentro voces y carcajadas.*) Cielos!... Ellos son! (*asomándose á la puerta del fondo.*)

TODAS. Qué atrevimiento!

DUQUESA. Pronto, tomad cada una vuestra labor y manifestad la mayor indiferencia.

AMELIA. Para no aventurar ninguna respuesta, lo mejor será, fingir que duermo. (*Todas se ocupan de sus labores. Amelia finge que duerme.*)

ESCENA IV.

DICHOS. EL REY. BRIENNE. BLANC. SAUCOURT *y varios caballeros.* EL REY *sale el primero y se detiene.*

REY. Señoritas!... (*las camaristas se levantan y saludan, despues vuelven á sentarse*) Dispensadme si me he tomado la libertad de presentarme aquí con estos señores, sin anunciarnos primero.

DUQUESA. Señor, la visita de V. M. nos ha causado una sorpresa sumamente agradable.

REY. El diablo te lleve! (*ap.*)

DUQUESA. Estábamos muy lejos de creer que V. M. nos dispensara esta honra.

Rey. ¿Quien no ambiciona entrar, aunque por pocos momentos, en el reino de la hermosura?

Duquesa. Gracias, señor, por vuestra escesiva galantería.

Brienne. El diantre de la vieja cree que es por ella (*bajo á los otros*).

Rey. Habeis observado (*á los caballeros*) qué recibimiento tan frio nos han hecho?

Brienne. ¡Ni una sola palabra!

Blanc. ¡Ni una mirada!

Rey. Algo quiere decir este silencio.

Margarita. Están conspirando contra nosotras (*bajo á las otras*).

Duquesa. Silencio! (*bajo á las camaristas*)

Rey. Es preciso arriesgar alguna cosa. Vamos allá. Salud á la (*se acerca á Amelia*) mas graciosa de las camaristas de la Reina... Como!... está dormida! «Vida de Sta. Teresa.» (*mirando el libro que Amelia tiene en la mano abierto*) Vamos, ya no estraño que se haya dormido... Respetemos el sueño de la inocencia (*se dirije al lado opuesto donde están las demas, pero la duquesa se interpone y se encuentra frente á frente con ella*). Siempre la vieja duquesa! (*ap.*)

Blanc. Pero esta buena señora (*al rey*) piensa detenerse aquí mucho tiempo?

Rey. Combinad bien el ataque, que yo procuraré dejar libre el campo (*los caballeros se dirigen á algunas de las camaristas; la duquesa trata de interponerse, pero el rey la coge por la mano y habla con ella separándose á un lado*).

Rey. Dispensadme, duquesa, se me ocurre una idea.

Duquesa. Señor, estoy á vuestras órdenes (*mirando con inquietud hácia donde estan las camaristas*).

(*Durante el siguiente diálogo, los caballeros se han colocado detrás de los sillones de las camaristas, apoyándose en el respaldo*).

Rey. Hacedme el obsequio de preguntar á la reina á qué hora piensa asistir al baile de esta noche.

Duquesa. S. M. está algo indispuesta, y regularmente no asistirá.

Rey. De veras? Perfectamente (*bajo á Brienne*): nuestro proyecto se realizará.—En ese caso (*á la duquesa*) me hareis el obsequio de dar vos misma las órdenes convenientes para que la visite al momento el primer médico de cámara.

Duquesa. Señor, siento no poder cumplimentar las órdenes de V. M.

Rey. Como!

Duquesa. El cargo que en Palacio estoy ejerciendo me impone deberes...

Rey. Qué deberes?

Duquesa. Como directora de las camaristas de la reina, estoy encargada, no solamente de su educacion, sino de velar constantemente...

Rey. Vuestro celo es ya demasiado escesivo, y yo os aconsejo que no os molesteis en guardar un tesoro del cual tienen una llave cada uno de estos señores.

Duquesa. Señor!...

Rey. Concluyamos de una vez: espero que obedecereis mis órdenes.

Duquesa. Señor, es imposible.

Rey. Imposible!... Pues bien... Os lo he pedido por favor... ahora os lo mando... Salid de aquí inmediatamente.

(Los caballeros que estaban retirados se aproximan al oir estas palabras.)

Todos. Señor, qué teneis?

Rey. Atreverse á desobedecer mis órdenes! No soy por ventura el rey de Francia? Responded.

Duquesa. Señor, esta es mi respuesta *(le entrega un pliego)*.

Rey. Qué dice este papel? *(tomándolo)*

Duquesa. Es una órden firmada por el cardenal.

Rey *(leyendo)*. Y por mi madre tambien. Se me prohibe la entrada a mí y á mis amigos! Qué insolencia! Humillarme de ese modo! Ah, vieja duquesa, ya me las pagarás *(arroja el pliego sobre una mesa lleno de cólera)*.

Brienne. Señor, tranquilizaos. Es preciso resignarse. Vamos, señores!

Rey. No, de ninguna manera. No saldré de aquí. El cardenal quiere tratarme como á un chiquillo y jamás lo consentiré.

Duquesa. En ese caso, señor, permitidme que me retire.

Rey. Eso sí, que se vaya *(á los caballeros)*.

Duquesa. Señoritas *(á las camaristas con gravedad)*, espero que cada una se retire á su habitacion.

(Las camaristas se levantan, saludan respetuosamente y se ...van.)

ESCENA V.

El Rey *y los caballeros.*

Rey. Parece mentira lo que nos está pasando.

Saucourt. Aquí hay algun misterio...

Rey. Que yo sabré descubrir. Se me figura que la reina ha debido tener parte en esta prohibicion.

Brienne. La reina?

Rey. Sin duda alguna: ella es sumamente celosa; pero yo no consiento de ninguna manera que se espien mis pasos: voy á levantar el estandarte de la revolucion.

Brienne. Nosotros nos colocaremos bajo vuestras banderas.

Rey. Si nos cierran las puertas, nosotros sabremos entrar por los balcones.

Brienne. Precisamente estan poco mas de siete pies de elevacion (*asomándose á una ventana*). Cielos! qué veo? rejas por todas partes.

Blanc. (*asomándose á otra ventana*). Y candados.

Rey. No hay duda; alguien nos espia.

Todos. ¿Y qué haremos?

Rey. Que pronto retrocedeis!--Nada valen los obstáculos cuando hay una voluntad de hierro.

Brienne. Cómo, señor, insistireis?

Rey. Hemos convenido atacar la plaza y daremos á todo trance el asalto.

Blanc. Y por qué medio?

Rey. No nos faltarán elementos: y luego despues, quien no combate con gusto contra un enemigo como el que tenemos? Señores, no hablo de la duquesa, porque esa es bien temible, sino de la brillante compañia que tiene bajo sus órdenes. Estoy deseando que se dé la señal y que vengamos á las manos. Esta será la primera campaña de mi vida.

Brienne. Y vuestra primera victoria.

Blanc. Señor, en qué sitio nos reuniremos?

Rey. En mi despacho, donde acordaremos el plan de ataque.

Brienne. No olvide V. M. el prohibir la entrada al conde de Montefiasco, que diariamente os importuna.

Rey. Efectivamente, el buen conde no me deja un momento. Empeñado en que me interese con el cardenal y con mi madre pa-

ra que se concedan á su amo el rey de Nápoles tres ó cuatro buques de nuestra marina que guarden sus costas.

BRIENNE. Y con qué objeto?

REY. Ni yo mismo lo sé: el buen embajador me persigue: cada dia recibo tres ó cuatro cartas; busca recomendaciones, pone en movimiento á toda la corte para que se interese en su pretension. No pudiera haber elegido el rey de Nápoles un agente mas activo. Señores, la hora se aproxima y es preciso separarnos. Vamos.

UN UGIER. La reina! (*anunciando*)

REY. Que oigo!

TODOS. Como!

ESCENA VI.

Dichos. LA REINA. LA DUQUESA.

LA REINA (*ap.*) No me han engañado. Cómo, señor, (*dirigiéndose al rey*) sois vos? Estaba muy lejos de esperar...

REY. De encontrarme aquí, no es eso? Es verdad, señora... Iba á retirarme en este momento.

REINA. Desde ayer no he tenido el gusto de veros.

REY. Con gran sentimiento mio, os lo confieso... Los asuntos del Estado ocupan toda mi atencion... Antes de ser marido soy rey, y ya sabeis que un monarca... Ahora mismo voy á encerrarme en mi despacho donde no pienso recibir á nadie, esceptuando á estos señores, cuyas luces y buenos consejos me son tan necesarios. (*Saluda á la reina, lanzando una mirada de cólera á la duquesa*)

DUQUESA. Dios mio, qué miradas!

ESCENA VII.

LA REINA. LA DUQUESA.

REINA. Se va sin decirme una sola palabra de cariño. Hace dos meses que le dí mi mano, y ya lo veis, duquesa, ya no me ama.

DUQUESA. El rey es tan jóven, señora... Apenas ha cumplido veinte años. Luego que tenga mas edad sabrá apreciar mejor el afecto que le profesais. Confiemos por ahora en las precaucio-

nes que se han tomado con respecto á vuestras camaristas. Ya las tengo muy corregidas, y ahora poco, en presencia de S. M. y de esos caballeros que le acompañan, no ha habido la mas pequeña deferencia por parte de ellas.

REINA. Mucho confio en vuestra rigidez de principios. Parece que esos caballeros son demasiado atrevidos, y que mi esposo es el que mas se distingue. Vamos, habladme con franqueza, cuál de mis camaristas es la que llama su atencion?

DUQUESA. Con todas es muy galante.

REINA. No, no: mi camarera mayor, Madame Lefebre, me ha dicho que hay una á quien distingue, y que se llama Amelia.

DUQUESA. Efectivamente, he notado alguna deferencia.

REINA. Esa deferencia, no me cabe duda, procede de una pasion oculta. Dicen que esa jóven es muy linda y el Rey la quiere. Yo deseo verla, hablarla y que me diga la verdad.

DUQUESA: ¡Cómo. Señora!..

REINA. Hace mucho tiempo que tengo deseos de verla y hoy mismo la veré. Con este objeto he fingido que estaba indispuesta.

DUQUESA. Señora....

REINA. Mientras el Rey y toda la córte estén en el baile, despediré á toda la servidumbre, y vendré á buscaros... hablaré con esa jóven. Vos procurareis que nadie venga á interrumpirnos.

DUQUESA. Señora, sereis obedecida.

REINA. Yo vendré por esta puerta secreta que comunica con mi cámara. Cuidado, Duquesa, no tengo necesidad de recomendaros el mayor secreto. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VIII.

La DUQUESA *sola por un momento: luego el* CONDE DE MONTEFIASCO *y algun tiempo despues las* CAMARISTAS.

DUQUESA. Pobre Señora! Qué celosa está! Es preciso hacer por ella cuánto me pida. Ya va anocheciendo. Cada instante que pasa me hace temblar. Temo que venga el Conde de Montefiasco que me ha anunciado una visita para esta noche. ¡Qué diria la córte si me sorprendieran sola con él... Yo confio sin embargo, en que no será tan audaz... (*ve entrar al Conde.*) Dios mio, él es!

CONDE. (*aparte.*) Me han asegurado (*en la puerta del fondo*) que encontraria al Rey en esta sala, y no he querido detenerme un

momento para ver si dejo zanjados mis asuntos... Pero ¿qué veo? La Duquesa! Qué feliz casualidad!

DUQUESA. Caballero, qué haceis aquí y á estas horas?

CONDE. Solicitar un favor al cual aspiro hace mucho tiempo. *(Las puertas de las habitaciones de las Camaristas se abren poco á poco, y aparecen todas ellas para oir.)*

MARGARITA. Hé oido una voz de hombre.

AMELIA. El Conde y la Duquesa juntos! Escuchemos.

DUQUESA. Señor Conde, creo que podiais haber evitado el dar este paso, que no sé como calificar.

CONDE. Todas mis cartas, señora, han quedado sin respuesta, y era preciso que yo mismo...

DUQUESA Caballero, espero que no os detendreis aquí mucho tiempo...

AMELIA. *(ap.)* Cree que el Conde viene por ella.

DUQUESA. Porque seria demasiado atrevimiento despues de haber escrito.,.

CONDE. Como! las habeis leido?

DUQUESA. Sí, la ultima sobre todo. Vuestras pretensiones están concebidas en unos términos...

COADE. Demasiado exigentes, lo sé. señora. Tengo el mayor interés en dejar terminado lo mas pronto posible este negocio.

DUQUESA. Caballero, ese lenguaje...

CONDE. *(ap.)* Pero como puede haber leido la Duquesa todas las cartas que yo he dirigido al Rey? No, pues cuando ella las ha leido es señal de que goza de gran favor en la córte. Hagamos uso de este resorte y aventuremos con oportunidad algunos galanteos. Duquesa, os admirareis de mi repentino silencio; pero que quereis que os diga? me encuentro confuso; la atmosfera cortesana me ahoga, y yo necesito de una mujer que comprenda mi carácter, que se interese por mí, que tenga un corazon puro, amable....

DUQUESA. Señor Conde, desechad esperanzas que dificilmente podreis ver realizadas.

CONDE. Qué decís? Mis asuntos no se terminarán favorablemente?

DUQUESA. Quizás, no.

CONDE. Pero Señora, mi peticion es muy corta y el Rey accederá.

DUQUESA. El Rey podrá acceder; pero necesitareis indispensablemente otro permiso que no es seguramente el del Rey.

CONDE. Señora, tengo en mi poder los mejores informes, todo marcha hasta ahora en mi favor.

Duquesa. ¡Dios mio, (*ap.*) habrá descubierto el Conde algunos de los devaneos de mis primeros años?

Conde. Cuando el Rey lea los documentos que yo le presente, veremos si accede ó no...

Duquesa. Cómo, caballero, quereis perderme?

Conde. ¡Perderos!

Duquesa, En ese caso renunciad á toda esperanza.

Conde. (*ap.*) Qué quiere decir esta desconfianza, Dios mio? Señora, tened entendido (*alto*) que al insistir tanto en mi peticion, no tengo mas objeto que hacer ver la preponderancia de que hoy gozamos en Francia, un alarde de favor, un capricho...

Duquesa. Un capricho! Basta, señor Conde. Esto es por demas. Salid inmediatamente de esta habitacion: no quiero que nos sorprendan juntos.

Conde. Puesto que lo exijís, me retiro. En el baile nos veremos, Señora.

Duquesa. No loespereis.

Conde. Yo espero que sí, confio en vos: todo lo espero de vuestro favor. (*Se vá, dirigiéndose por la puerta que dá á las habitaciones de la Reina, y la Duquesa le detiene.*)

Duquesa. A dónde vais? Por ahí se vá á las habitaciones de la Reina.

Conde. Dios mio! Ya me olvidaba por donde entré.

Duquesa. Por aquí... (*señala la puerta del foro.*)

Conde. Efectivamente: hay tantas puertas y tantos corredores que es muy fácil equivocarse. Luego despues, vá anocheciendo...

Duquesa. Venid, yo os guiaré.

Conde. Señora, mil gracias. (*Salen los dos de la escena.*) (*Luego que han desaparecido salen las Camaristas de sus habitaciones*).

ESCENA IX.

Amelia. Margarita. Eloisa. Clementina. Antonieta.

(*Va anocheciendo poco á poco durante esta escena*).

Margarita. Se marcharon?

Amelia. Habeis oido, amigas mias? Es preciso convenir en que la suerte nos ha favorecido.

MARGARITA. No podia haber venido el Conde en mejor ocasion, Ah! Duquesa, ya estás en nuestras manos!

AMELIA. Ahora es preciso cogerla *in fraganti.*

MARGARITA. Déjalo á mi cuidado; pero aunque procuremos vengarnos de la Duquesa, es preciso no olvidar la venganza principal, la injuria que nos han hecho esos caballeros.

TODAS. Sí, sí.

AMELIA. Se me ocurre una idea. Si serán culpables esos señores? Si la duquesa los habrá calumniado?

MARGARITA. Capaz seria de hacerlo.

AMELIA. Nosotras no tenemos pruebas, y hariamos muy mal en no esperar á que ellos mismos se justificáran.

ELOISA. Es verdad; antes de castigarlos es preciso oirlos.

CLEMENTINA. Chist, chist, allí estan (*asomándose á la ventana del foro*).

TODAS. Donde?

MARGARITA. Nos están haciendo señas... yo no entiendo lo que quieren decir, como ya ha obscurecido...

AMELIA. La duquesa está en medio de ellos... está hablando... apuesto cualquier cosa á que es de nosotras... Ya los deja... se ha retirado... creo que viene hácia aquí.

ESCENA X.

Dichas. LA DUQUESA.

DUQUESA. Que insolencia! Creerme capaz de admitir...

AMELIA. Señora, de quien hablais?

DUQUESA. De quien he de hablar? del Sr. de Brienne.

MARGARITA. Os ha faltado al respeto?

DUQUESA. Mucho peor: ha tenido el atrevimiento de preguntarme, si queria entregar á Amelia un billete de parte del rey.

AMELIA. Y habreis reusado?

DUQUESA. De la manera mas terminante. Al ver la osadia de Brienne, sus demas amigos me han hecho tambien igual peticion para cada una de vosotras.

AMELIA. No os lo he dicho? (*ap. á sus amigas*) quieren justificarse.

DUQUESA. Despues de reprenderlos como debia por una proposicion semejante, les he vuelto las espaldas. Desde aquí puedo

desafiarlos... A ver, niñas, para mayor seguridad es preciso cerrar todas las puertas y balcones.

(*Se dirige al foro y al volverse se ven prendidas con alfileres en el vestido las cartas para las Camaristas*).

Amelia. Qué veo. Mirad! mirad. (*ap. á las otras.*)

Todas. Cartas!

Margarita. Serán para nosotras.

Amelia. Vamos á rodearla y haced lo que yo haga. (*Se dirige á la Duquesa.*) Permitidme, Señora, yo os ayudaré.

Duquesa. Es inútil.

Todas. Sí, sí.

(*La rodean y coge cada una una carta de las que lleva prendidas en el vestido*).

Duquesa. Perfectamente, (*despues de cerrar las ventanas.*) voy á cerrar las puertas de la galeria inmediata y luego traerán luces. (*Váse por un momento por la puerta del foro.*)

Amelia. «Esta noche (*abriendo el billete y leyéndolo.*) tendré el gusto de veros...»

Margarita. (*leyendo.*) «Mi mayor felicidad será el veros esta noche.»

Eloisa. «Tres palmadas serán mi señal, y entonces...»

Clementina. «Si quereis conocerme, abrid la puerta de vuestra habitacion, cuando yo llame.»

Antonieta. «Mi amor no tiene límites. Ya os convencereis.»

Amelia. Con qué es decir que no hay firma ninguna?

Clementina. Ninguna.

Amelia. Esto es escandaloso. Tratarnos con tan poco miramiento.

Clementina. Razon tenia la Duquesa.

Margarita. Y qué hacemos?

Amelia. Esperad... un momento... Disfracémonos con los vestidos de pages que teniamos dispuestos para el baile de esta noche, y este es el único medio de podernos salvar. (1)

Margarita. Pero qué vamos á hacer?

Amelia. Silencio... aquí viene la Duquesa. Venid conmigo y yo os esplicaré el modo de burlarnos de ellos. (*Todas rodean á Amelia, hablan bajo y con gran animacion.*)

(1) Estos vestidos de page no son todos iguales, aunque sí de la época de Luis XIV.

ESCENA XI.

DICHAS. *La* DUQUESA *seguida de algunos criados con luces.*

DUQUESA. Colocad esos candelabros encima de la mesa y salid al momento...

(Los criados despues de hacerlo se retiran, y la Duquesa cierra la puerta por donde han salido).

AMELIA. Habeis comprendido ya?

TODAS. Sí, perfectamente.

AMELIA. Cuando yo dé la señal, saldremos.

DUQUESA. Ya estamos todas bajo llave... Señoritas, cada una puede retirarse á su cuarto.

(Las camaristas cogen una bujía cada una y se retiran.)

TODAS. Buenas noches, Señora Duquesa.

DUQUESA. Por si S. M. la Reina necesita esta noche de vuestros servicios, os advierto que esteis dispuestas á la primera órden.

AMELIA. Sereis obedecida: no dormiremos.

DUQUESA. Buenas noches.

TODAS. *(ap.)* A vestirnos al momento.

(Se retiran cada una á su habitacion. La Duquesa coge tambien una bujía y se va á la suya. Queda la escena completamente oscura).

ESCENA XII.

Despues de un momento de silencio van descolgándose por el interior de la chimenea gótica, BLANC, SAUCOURT *y* CAVOIS. BLANC *baja el primero.*

BLANC. Uf! gracias á Dios que llegué: no veo á nadie; abajo todos, *(dirigiéndose á la chimenea.)* no hay cuidado.

SAUCOURT. Qué demonio de chimenea! *(bajando.)*

CAVOIS. Creí ahogarme. *(lo mismo.)*

BLANC. No hay otro remedio: esta es la única entrada que nos han dejado libre... pero marchemos con la mayor precaucion porque el dia en que sepa tambien la cerrarán.

SAUCOURT. Bueno será que despleguemos nuestras fuerzas y mpecemos el fuego antes de que nos sorprendan.

CAVOIS. Mucho mas cuando el Rey y Brienne esperan en el tejado á que les preparemos una entrada triunfal.

BLANC. Observemos antes de todo, si el enemigo está en su puesto y espera el ataque. Gracias á la vieja Duquesa, nuestros billetes estarán ya en su poder y nos esperarán.

TODOS. Vamos allá.

Cada uno llama á la puerta de una habitacion despues de andar un buen rato á tientas y de puntillas.

ESCENA XIII.

Salen las camaristas vestidas de pages, colocándose en la puerta como para defender la entrada y fingiendo la voz.

CABALLEROS. Aquí estan!

CAMARISTAS. No se pasa (*fingiendo voz de hombre*).

CABALLEROS. Quien va?

SAUCOURT. Maldicion! Estamos perdidos... (*á Blanc y Cavois*) nos han burlado: estos sin duda son nuestros rivales.

BLANC. Caballeros, con qué derecho estais aquí? Qué es lo que buscais?

AMELIA. Y vos, qué es lo que buscais tambien? (*adelantándose con ademan brioso*) Demasiado conocemos vuestros proyectos, y no quedarán sin castigo. Procuremos intimidarlos (*ap. á las otras*).

BLANC. Se puede saber quien es el personage misterioso á quien me dirijo en este momento?

AMELIA. Al hermano de Amelia de Artigny.

CLEMENTINA. Yo soy el primo de Clementina de Humieres.

MARGARITA. Y yo el futuro esposo de Margarita de Lasquenet.

ANTONIETA. Soy el padre de Antonieta de Chantillon y este caballero el tio de Eloisa d' Harville (*señalando á Eloisa*).

BLANC. Pensais acaso burlaros de nosotros? Ya vereis el aprecio que hacemos de vuestro parentesco.

CAMARISTAS. Por última vez; atras! (*colocándose en las puertas*).

BLANC. Entraremos á todo trance.

AMELIA. Si dais un paso mas, sois muerto (*desenvainando la espada*).

Todas se ponen en actitud de batirse.

BLANC. Adelante, señores; de poco sirven las amenazas.

CAVOIS Y SAUCOURT. Adelante!

CAMARISTAS. Socorro! Socorro! (*se dirigen al foro y forman grupo*)

BLANC. Ellas son!... pero viene gente hácia aquí...

CAVOIS. Huyamos! Sálvese el que pueda. (*cada uno entra en una de las habitaciones de las camaristas*)

AMELIA. La duquesa va á venir.

TODAS. Pues corramos!

AMELIA. No podemos entrar en nuestro cuarto porque ellos están ahí, disimulemos cuanto sea posible.

(*Se embozan en las capas y se cubren el rostro.*)

DUQUESA. Dios mio! (*saliendo con una linterna sorda en mano*) qué es lo que veo! Cinco embozados en esta habitacion! Pues yo he cerrado los balcones, no hay una sola puerta abierta.

AMELIA. (*ap.*) No nos ha conocido.

DUQUESA. Caballeros, por donde habeis tenido la osadia de penetrar hasta aquí? Pronto daré parte á su Eminencia y castigará vuestro atrevimiento; pero antes de todo salid inmediatamente (*va á abrir la puerta*).

AMELIA. (*ap.*) Ella misma nos abre la puerta. Y á qué hora?... á la hora del baile.

DUQUESA. Vamos... (*abriendo la puerta del foro*) ¡qué, os resistireis?

AMELIA. Puesto que ella lo quiere, vámonos (*á las otras*).

Salen todas procurando ocultar el rostro al pasar junto á la duquesa: esta las sigue por breves momentos.

BLANC. No oigo ya á nadie... (*entreabriendo la puerta de la habitacion*) Es preciso avisar al rey para que no le sorprendan....

En el momento en que Blanc, Cavois y Sancourt van á retirarse, se abre la puerta del foro y sale la duquesa, por lo que se ven precisados á volver atras.

DUQUESA. Pero quien serán esos hombres embozados? Yo no he querido gritar porque se diria que era falta de cuidado. Jesus, que descuido, Dios mio! Ya me olvidaba de encerrar á estas niñas (*echa la llave á las habitaciones que ocupan los tres caballeros*).

Queda el teatro completamente oscuro.

ESCENA XIV.

Un momento de silencio: á poco baja Brienne *por la chimenea y despues el* Rey.

Brienne. Que oscuridad! En donde estoy?... Blanc... Cavois... nadie me contesta?... Si se habrán apoderado esos bribones de todo el botin, sin dejarnos nada á nosotros?

Rey. Gracias á Dios (*bajando*).

Brienne. Quien va!

Rey. El rey!

Brienne. Señor, habeis podido bajar sin lesion alguna?

Rey. He estado á punto de estrellarme por huir de ese majadero, el conde de Montefiasco.

Brienne. Os ha seguido?

Rey. Empeñado en que esta misma noche habia de darle una respuesta definitiva porque queria escribir á su corte. Ese hombre está loco, cuando manifiesta un empeño tan ridículo... Me estaba esperando á la puerta de mi gabinete, y no ha dejado de seguirme, por mas que yo procuré huir de él. Temo que me haya visto bajar por la chimenea.

Brienne. Oh! no es posible; él es algo viejo y no habrá podido seguiros.

Rey. Donde estan nuestros amigos?

Brienne. Todavia no lo sé.

Rey. Y Amelia?

Brienne. Probablemente estará en su cuarto.

Rey. Quiero que sepa que la estoy esperando, voy á hacer la señal (*da tres palmadas*). Ahora esperemos.

Se retiran al fondo los tres y á poco sale la reina por la puerta secreta.

ESCENA XV.

Dichos. La Reina.

Reina. Nadie me ha visto... (*ap*) Es preciso avisar á la duquesa que estoy aquí (*da algunos pasos*).

Rey. Se me figura (*á Brienne*) que he sentido pasos y el ligero crugir de su vestido.

Brienne. Efectivamente creo que he visto un bulto.

Rey. Que felicidad! Qué dicha me espera! (*ap.*) Ps... ps... (*se adelanta hácia la reina*)

Reina. Yo no estoy sola... (*se pára y escucha*) si será la duquesa?

Brienne. Sois vos? (*aproximándose á la reina*)

Reina. Dios mio! (*asustada*) La voz de un hombre.

Brienne. No tengais miedo (*queriendo cogerla la mano*): venid hácia aquí.

Reina. Deteneos, caballero... (*retirando con dignidad la mano*) y respetad á la reina.

Brienne. La reina! Dios mio, somos perdidos! (*ap.*) Señora, perdonadme (*alto*); si hubiera sabido... (*el rey se aproxima y la coge la mano contraria*)

Rey. Al fin estas en mi poder.

Reina. Cielos, mi marido! (*ap.*)

Brienne. Si yo pudiera advertirle... (*ap.*)

Reina. Cuidado como le decis quien soy (*ap. á Brienne*): de lo contrario nunca os perdonaré.

Rey. Oh! gracias, gracias, hermosa mia por tu puntualidad.

Reina. A quien esperaba? (*ap.*)

Rey. Mentira me parece tanta dicha! Eres tú, mi querida Amelia?

Reina. Si, Amelia, no me he equivocado! (*ap.*)

Rey. Puesto que la oscuridad me impide contemplar tus hermosas facciones, habla y que tenga al menos el placer de escuchar tu voz.

Reina. Voy á descubrirme... (*ap.*) pero no, procuremos averiguar hasta donde llega su pasion.

Rey. Habla Amelia, habla; nada temas; Brienne es mi amigo y no importa que sepa...

Brienne. (*ap.*) Bien: me está comprometiendo á los ojos de la Reina.

Rey. Pero tal vez su presencia te intimida. ¡Brienne, déjanos por un momento, y cuando oigas el menor ruido, avísanos.

(*Brienne se retira hácia un balcon y se esconde en él*).

Brienne. Como gusteis. (*marchándose.*)

Rey. Señora, ya estamos solos. (*La coge una mano y se la besa.*)

Reina. Qué haceis?

Rey. Tranquilízate, hermosa mia. (*Vá á abrazarla.*)

Reina. Caballero, reflexionad que en este momento estais haciendo traicion...

Rey. A mi esposa, no es eso? Bien: no importa, esto no impide que yo la profese algun aprecio, algun cariño, en fin, algun respeto.

Reina. Y si ella supiera?...

Rey. Por esa parte estoy tranquilo... ni tú, ni yo hemos de ir á decírselo.

Reina. Cuidado. Señor, no olvideis que las paredes oyen muchas veces.

Rey. Tu procuras intimidarme y es inútil... Mi esposa me gusta, es verdad, la quiero bastante; pero no tiene tu viveza... en fin, no es tan linda como tu.

Reina. Tal vez no la habreis examinado despacio.

Rey. Imposible! ella no tiene este talle tan elegante, está mano tan preciosa... Sí, Amelia, sí, yo te adoro y nadie podrá separarme de tu lado.

Reina. Eso no es creible.

Rey. ¡Yo te lo juro!

Reina. Ese juramento lo hace el amante, pero el Rey lo olvidará mañana.

Rey. Quiero que admitas este anillo como recuerdo del primer dia de mi felicidad (*se lo pone en el dedo á la reina*).

Reina. Lo acepto como un talisman de que me serviré para recordaros vuestra promesa... (*ap.*) y su traicion.

Brienne. Señor, señor, (*desde el fondo*) que viene gente.

Rey. Quien será el importuno? Pero tú que me prometes en cambio? habla.

Reina. Os prometo no decir nada á la reina (*vase corriendo por la puerta que conduce á su cámara*).

Brienne. Señor, no podemos perder un solo momento.

Rey. Qué hay?

Brienne. He oido algunas voces y entre ellas he podido distinguir la de la duquesa.

Rey. Qué fatalidad! Casualmente tenemos aquí nuestra escala y podemos huir (*se dirige á la chimenea*).

Brienne. Señor, ya es tarde.

Rey. En ese caso ocúltate en el balcon y yo aqui en la misma chimenea (*se oculta en uno de los ángulos de la chimenea*).

ESCENA XVI.

Dichos. La Duquesa. Margarita. Amelia *y demas camaristas.* Un Criado *con luz.*

Duquesa. Entrad, señoritas, entrad. Esto se llama habermo perdido enteramente el respeto... Presentarse en el baile, cuando está prohibido... por la reina madre! Qué dirá cuando lo sepa?

Margarita. Yo creo que debeis perdonarnos por esta vez y por mi parte prometo...

Duquesa. Nada perdono: vuestra conducta es sumamente reprensible, y lejos de procurar enmendaros, todos los dias se cometen nuevas locuras... Cada una á su habitacion... Voy á dar parte á S. M. en este mismo momento (*se retira por el fondo cuya puerta cierra con el cerrojo. Queda el teatro á oscuras*).

ESCENA XVII.

Dichos menos la Duquesa.

Amelia. Maldita vieja! Siempre lo mismo, nunca nos deja respirar. Pensemos ahora en cumplir nuestra venganza. Estamos á oscuras; pero no importa ya conocemos el terreno.

Margarita. Sacad pronto el maniquí antes que vuelva.

Rey. Un maniquí! qué irán á hacer? (*oculto*)

Amelia. Despues esperaremos una ocasion favorable: ya sabeis en lo que hemos convenido.

Rey. Escuchemos. (*ap.*)

Amelia. Como ella le espera esta misma noche. será muy fácil que lo equivoque con el conde de Montefiasco y cuando se encuentren los dos frente á frente, salimos, y viendo que hemos descubierto sus secretos amoríos, tendrá que sucumbir á lo que nosotras exijamos.

Margarita. Perfectamente.

Rey. Qué tal. las niñas? (*ap.*)

Amelia. Si ella se obstina y no quiere admitir las condiciones que la impongamos, la comprometeremos, haciendo públicos sus ridículos amores.

Rey. Muy bien. (*ap.*)

MARGARITA. Pues vamos, vamos.

(*Abren el armario, sacan el maniquí que deberá tener un trage igual al que saque el conde de Montefiasco, con el objeto de que de noche y á cierta distancia pueda confundirse.*

CLEMENTINA. (*Despues de haberle colocado en un sillon.*) Salud al ilustre conde de Montefiasco, embajador de Nápoles.

REY. (*ap.*) Ya adivino. Son los amores con el Conde.

AMELIA. Ahora, finjamos que nos hemos retirado á descansar, para dejar libre el campo á nuestra directora.

MARGARITA. Sí, pero antes, es preciso que nos quitemos este maldito trage que tanto nos oprime.

AMELIA. Pues yo estoy perfectamente. Si posible fuera, cambiaria de sexo con el mayor gusto. Sin embargo, vamos á desnudarnos. (*Se quitan las espadas y se disponen á desnudarse cuando sale el Rey de la chimenea*).

REY. ¡Ay Dios mio (*saliendo muy despacio.*) ¿quién pudiera ver...

AMELIA. Silencio... Se me figura que he oido algun ruido... retirémonos á nuestra habitacion.

(*Se dirigen á ellas, y al abrir salen Blanc. Saucourt y Cavois. Ellas dan un grito, retirándose al foro*).

BLANC (*saliendo*). Esta vez no se escaparán los pages, yo lo aseguro. Ya están en nuestro poder.

SAUCOURT. El campo es nuestro.

AMELIA. Señores, si sois verdaderamente caballeros os pedimos perdon.

BLANC. No hay perdon.

SAUCOURT. Nada, nada.

CAVOIS. Nada.

AMELIA. Por última vez.

TODAS. Por piedad! (*Salen el Rey y Brienne de donde están*)

REY. Deteneos!

CABALLEROS. El Rey!

CAMARISTAS. El Rey!

REY. Señores: es preciso tener consideracion con los vencidos. Yo me declaro protector de estas damas y espero que no se las moleste.

AMELIA. Bueno será no fiarse de ninguno. (*Ap. á las demas.*) (*Se retiran poco á poco, y al llegar cada una á la puerta de su habitacion entran y cierran de repente*).

BLANC. ¡Señor, hemos sido burlados! y el premio del vencedor es sagrado.

ESCENA XVIII.

Dichos menos las CAMARISTAS.

REY. Perfectamente... ahora os han burlado de nuevo. Puede saberse, señores, donde habeis estado hasta ahora?

BLANC. En esas habitaciones donde ellas mismas nos han encerrado.

REY. Cómo!

BLANC. Nosotros creimos de buena fé que eran algunos jóvenes que nos disputaban el campo...

REY. Vamos... los vestidos de pages con que se han disfrazado han sido la causa de esta equivocacion... Já! já! já! Y yo que os creia en el colmo de la felicidad!... Vamos, la broma ha sido pesada... se han defendido en regla. Solamente yo puedo llamarme dichoso, porque mientras que vosotros estabais bajo llave yo estaba aquí solo con ella, con Amelia...

TODOS. Con Amelia!

BRIENNE. Sí, con Amelia! (*ap.*)

REY. Amelia de Artigny es un ángel.

SAUCOURT. Pero la habeis visto?

REY. Preguntádselo á Brienne, él os dirá...

BRIENNE. Efectivamente... (*confuso.*) Amelia... No sé que decir. (*ap.*)

REY. Y pienso volver aquí muchas noches.

BLANC. Procurad ante todo que la Duquesa no os vea.

REY. Yo espero que ellas mismas nos libertarán del espionage de la duquesa por medio de ese maniquí.

TODOS. ¡Un maniquí!

REY. Allí está, miradle, (*señala el sitio donde se halla*) se distingue muy poco, pero es el conde de Montefiasco.

TODOS. Ja! ja! já!

REY. Tienen un proyecto diabólico... pero ahora no es tiempo, luego os contaré... Pensemos primeramente en buscar la retirada. Vamos, Brienne, abre tú la marcha.

(*Brienne sube por la escala y el Rey le sigue, pero á poco se detienen*).

REY. Vamos, por qué te detienes?

BRIENNE. Señor, no se puede pasar adelante; la chimenea está obstruida y aqui hay un bulto.

REY. No es mas que eso?... pues á quitarlo al momento de enmedio.

(*Saca la espada y va á dirigirse á la chimenea cuando se oye ruido en la puerta del foro*).

CAVOIS. Que viene gente.

SAUCOURT. Donde podremos escondernos?

REY. Será la Duquesa. Vamos á observar.

(*Corren de un lado á otro hasta que se ocultan unos en la chimenea, otros debajo de la mesa y el Rey detras del maniquí.*)

ESCENA XIX.

Dichos. LA DUQUESA *con linterna en la mano.*

DUQUESA. Será verdad lo que la Reina me ha dicho?... Que ha visto algunos hombres sospechosos en estas habitaciones... Vamos no hay duda, habrá visto uno, pero será el embajador que no faltará á su cita... el miedo aumenta los objetos... Si será el Conde?... Sí, no cabe duda... por eso no ha asistido al baile de esta noche... Dios mio! he sentido una conmocion al entrar en esta sala... El temor de encontrarme segunda vez y á solas... Vamos á ver si estas niñas duermen... (*Vá á reconocer la sala, y al llegar delante del maniquí arroja la linterna.*) Dios mio! qué veo! El Conde aquí!

REY (*oculto detras del maniquí*). Perfectamente! sigamos la broma. (*alto.*) Soy yo, Duquesa.

DUQUESA. Caballero, qué haciais ahí sentado?

REY. Perdonad, Duquesa, como tardábais me quedé dormido.

DUQUESA. Por piedad, señor Conde, (*arrojándose á los pies del maniquí.*) no me comprometais; huid de aquí al momento.

REY. Tranquilizaos: nada exijo de vos.

DUQUESA. (*ap.*) Respiro. (*levantándose.*) Pues bien: salid al momento, que esperais?

REY. La llave.

DUQUESA. Tomadlas todas. (*Se las presenta.*) Con ellas abrireis las puertas que conducen á estas habitaciones.

REY. Gracias, señora (*las toma*).

(*Saucourt, Brienne, Cavois y Blanc van saliendo de sus escondites, y siguen al Rey*).

CABALLEROS. Nos hemos salvado.

DUQUESA. (*Al verlos salir de donde estaban, grita asustada en la puerta del foro, y vase*). Socorro! Socorro!

ESCENA XX.

Dichos menos LA DUQUESA.

BRIENNE. Es preciso que la sigamos porque será capaz de conmover toda la servidumbre con esos gritos.

REY. Vamos á retirar antes este maniquí.

BLANC. Y donde le colocamos? (*Lo cogen entre dos y le llevan al gabinete de la duquesa.*)

REY. De este modo quedaremos todos vengados.

SAUCOUR Y CAVOIS. Ya está.

REY. Retirémonos ahora á mi despacho para que no sospechen. (*Van á dirigirse á la puerta del foro y salen varios criados con hachones, y la reina y la duquesa por la puerta secreta.*)

ESCENA XXI.

Dichos. LAS CAMARISTAS. UN OFICIAL; *despues* LA REINA Y LA DUQUESA. CRIADOS *con luces.*

CABALLEROS. Somos perdidos.

CAMARISTAS. Qué ruido!... (*Saliendo*)

OFICIAL. Deteneos, señores: de órden del rey: entregad vuestras espadas.

REY. Quien se atreve á tomar así mi nombre? (*Adelantándose.*)

TODOS. El rey!

REINA (*sale*). Señores, qué confusion es esta?

DUQUESA. (*ap.*) Gracias á Dios que el conde se retiró.

REINA. Señor, vos aquí? (*al rey*)

REY. Mi esposa! (*ap.*) Un poco de osadia y salgamos de apuro (*se acerca á ella*).

REINA. Me alegro mucho encontraros en este sitio.

REY. Ha sido una casualidad.

REINA. Una casualidad!

REY. Acababa de salir del baile, donde he pasado una noche divertidísima...

Reina (*ap.*). ¡Falso!

Rey. Y al retirarme á descansar en compañia de estos señores, oimos los gritos que la duquesa daba, nos dirigimos hácia esta sala y encontramos la puerta abierta y este manojo de llaves en el suelo.

Duquesa (*ap.*). Cielos! mis llaves! Qué imprudencia!

Reina. Duquesa... son las vuestras... Qué decis?

Duquesa. Señora... no puedo deciros... ignoro...

Rey. Las habrá dejado caer la persona á quien las entregásteis, por que lo primero que vimos cuando llegamos aquí fué un estrangero que huia precipitadamente.

Reina. Y no le detuvísteis?

Rey. Tranquilizaos... es nuestro prisionero... A esa habitacion se refugió.

Duquesa. A mi gabinete!

Brienne (*ap.*). Bien, Bien!

Rey. Brienne, abrid esa puerta (*Brienne lo hace*). Miradle allí sentado con la mayor tranquilidad.

Todos. El conde de Montefiasco!

Duquesa (*ap. sin mirar*). Qué vergüenza!

Camaristas (*todas entre si*). Nuestro maniquí!

Rey. Pero es posible, señora, que á vuestra edad?... (*Todos se sonrien con malicia.*)

Reina. Duquesa!

Duquesa. Señora, no me condeneis sin oirme.

Rey. Conque vais á confesar?...

Duquesa. Si, voy á esplicaros...

Rey. Pocas esplicaciones, duquesa. Es ese el ejemplo que dais á las jóvenes cuya educacion se os confia? Introducir en este santuario a un hombre! Qué decís á esto?

Reina. Tambien tengo que daros una queja. Esta noche tuve precision de dar mis órdenes á la duquesa, y al atravesar esta sala, un desconocido, que no era por cierto el conde...

Brienne (*ap.*) Dios mio!

Reina (*llevando al rey aparte*). Olvidando que hablaba con su reina, y creyéndome alguna de las camaristas, se ha atrevido á hacerme una declaracion de amor,

Rey. Basta, señora, basta. Yo encontraré al culpable y su vida me responderá de semejante insulto.

Reina. Señor, calmad vuestra cólera, sed mas generoso...

Rey. Vos le defendeis!... Yo castigaré al temerario...

REINA. El temerario... es mi esposo.

REY (*ap.*). Dios mio! todo lo sabe:

REINA. Qué decis ahora?

REY. Qué he de deciros? Que teneis razon... (*después de un momento de confusion*) Podré esperar mi perdon?

REINA. Con una sola condicion. Vos deseais que la duquesa salga de palacio?... Pues bien: consentid tambien que salga Amelia de Artigny.

REY. Sereis obedecida. (*á la duquesa*) Duquesa, la reina desea que abandoneis la corte, á menos que no repareis este escándalo casándoos con vuestro seductor.

DUQUESA. Señor, quien es el seductor?

REY. Basta, duquesa; decidlo así de parte mia al conde.

(*Se oye ruido en la chimenea.*)

REINA. Qué ruido es ese?

(*El conde cae rodando por la chimenea manchado y en el mayor desórden.*)

ESCENA XXII.

EL CONDE *y dichos.*

TODOS. El conde!

CONDE (*al rey*). Ah, señor, al fin os encuentro! Dispensadme que me presente así ante V. M. pero...

REY (*ap. á Brienne*). Otro obstáculo mas. Levantaos, señor conde.

CONDE. No me levantaré hasta que me hayais concedido...

REY. Conozco ya vuestra peticion... La mano de la duquesa; no esperaba yo menos de vuestra moralidad.

CONDE. Como!

REY. Despues de la aventura de esta noche es el mejor medio que podiais haber elegido.

CONDE (*levantándose*). Qué aventura!

REY. Basta de disimulos. Ella os ama y vos la amais tambien.

CONDE. Lo que es amarla... se me figura que no.

DUQUESA (*al conde*). Monstruo!

CONDE. Señor, permitid...

REY. Bien, bien: mañana se firmará el contrato: la Reina y yo damos nuestro permiso.

CONDE. Vuestra Magestad confunde mi peticion: yo he venido á Francia para pediros algunos auxilios marítimos.

REY. Bien, contad con una fragata.

BRIENNE. Y con una mujer.

SAUCOURT. Es decir, (*Ap. á sus amigos.*) con dos fragatas.

DUQUESA. Dios mio! se colmaron mis deseos. Embajadora de Nápoles!

REY. (*A todos.*) Podeis retiraos á descansar. Vos, Señora, (*á la Reina.*) fiad en mi cariño, y si mi palabra no os bastára haced salir á Amelia de la Corte. En todo sereis obedecida. Gobernar una nacion á los diez y nueve años, y pensar en los negocios del Estado, es una carga demasiado pesada. Atribuid solamente á esto mis aventuras.

Conozco vuestra bondad,
Es justo me perdoneis,
Porque, Señora, ya veis
son locuras de la edad.

FIN.